

LA BENDICION DEL PADRE BARNOLA

Virginia Vidal*

Fui a visitar al Padre Barnola después de Navidad y proseguimos un diálogo de tal riqueza que me cuesta resumirlo. Todo comenzó con mi cuento **La última luna**, primer finalista en un concurso de "El Nacional". Cuál no sería mi sorpresa al leer un artículo sobre dicho relato en que el Padre Barnola hacía la crítica más constructiva que he recibido nunca. Llegó el momento propicio para contarle que sus palabras habían sido el aliento y el impulso que me animó a proseguir mi trabajo literario y ya tenía una novela terminada y otra a punto... Posteriormente me criticó en su columna una palabra que escribí erróneamente en una crítica teatral: "femeñidad". Me acusó ante él de pecado de disimilación, según los filósofos y le dije que temía reincidir, pues Gabriela Mis-

tral dice que este pecado "es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, quien avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído"... El rió mucho. Yo le alababa su voz de muchacho, tan plena y rica en resonancias, y su picardía para dar las lecciones, como aquella vez cuando explicó que al Libertador jamás se le habría ocurrido "afrontar" a una mujer...

Esa plácida mañana posnavideña hablamos horas. En un momento lo fueron a saludar sus sobrinos y no me permitió irme, pues quería seguir conversando.

Comentamos los errores de la Real Academia, en cuya última edición coloca al ilustre Cardenal Raúl Silva Henríquez entre los miembros extranjeros de

la Academia Chilena... Me habló con admiración y respeto de un hombre al cual no conozco personalmente: Pedro Díaz Seijas.

Me habló con alegría tan pura de su familia: sus padres, sus hermanas: "yo fui el cuarto malo"; de su hermano médico, ya fallecido; de aquella hermana mayor que no casó y ayudó a criar a los menores.

Le conté que la ciudad estaba plácida y daba gusto andar por las calles. Entonces él recordó su ciudad de la infancia, de techos rojos, donde todos los habitantes eran vecinos y se conocían, en ese tiempo en que la gente no estaba encerrada bajo siete llaves.

A propósito de su orden, la de los jesuitas, comentamos la reciente prisión del sacerdote Renato Hevia, director de la revista chilena "Mensaje" y le hablé de un extinto amigo, Hernán Larraín, quien también fue director de esa revista y tuvo que verla publicada con muchos huecos en blanco, por la censura. El recordó al padre Hurtado, inolvidable personaje que se dedicó por entero a la causa de la justicia social. También hablamos del obispo Manuel Larraín, defensor de los campesinos desposeídos en un tiempo en que la noción de reforma agraria era aún remota... Pero el padre Barnola balanceaba la charla: se lamentó de que en Nicaragua se hubiera prohibido a un sacerdote hacer su sermón.

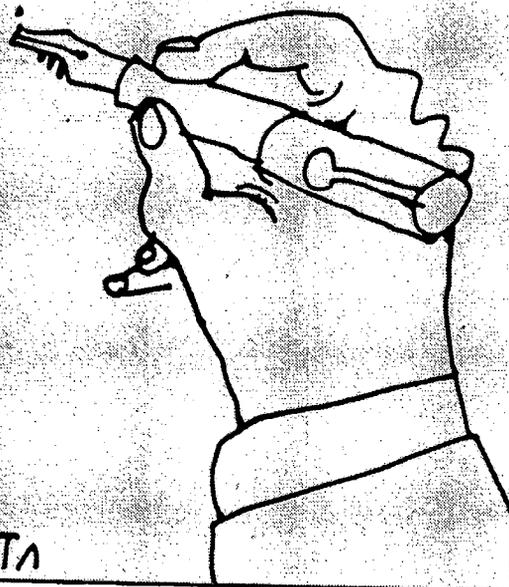
Pocas veces en la vida he tenido la sensación tan vívida y noble de discrepar en muchos aspectos con una persona llevando siempre adelante un diálogo. Escuchar y ser escuchado, no estar siempre de acuerdo con el interlocutor, pero atenderse mutuamente. Esto es una forma de comunión.

El Padre Barnola se dolió de *La tragedia del Generalísimo*, de Denzil Romero. Decía que con avidez se entregó a la lectura de esta novela, motivado por la inmensa admiración al injustamente olvidado Francisco de Miranda... Pero no pudo con el lenguaje del novelista, con el aspecto coprolálico. Me costó defender a Denzil, mencionar a Quevedo,

* Periodista chilena. Comunista. Ha trabajado con la Iglesia en Chile y con el P. Vives en Venezuela. Trabaja también para la revista Nueva Sociedad.

Zapatazos

*¡Descansó el
padre Barnola
de nuestros
errores!*



ZAPATA

recordarle que ése es el primer libro de una tetralogía.

La salita del convento, tan austera, me obligaba a tener presente que éramos seres diversos, formaciones distintas, ideas opuestas, pero unidos por el mismo amor al idioma.

El padre Barnola me regaló varios trabajos suyos, dedicados, y le dio mucha importancia a una hojita: **Centenario de Rómulo Gallegos 1884 - Caracas - 1984**. Dijo que se había dedicado por años a estudiar la obra del maestro y le dolía no encontrar en ese hombre de tan intensa espiritualidad una manifestación religiosa. Por ello su alegría fue inmensa cuando halló la transcripción de Efraín Subero, del archivo privado de Gallegos, ese párrafo maravilloso sobre Lourdes. Y con su voz fresca y jovial leyó conmovido, subrayando la frase final: "Bendito sea Dios que ha hecho esta, belleza tranquila. Bendito sea Dios que ha creado el silencio de las noches serenas"... Al entregarme **La piedra angular**, dijo: "Aquí mismo, ahí donde usted está sentada, estaba Miguel Otero Silva con el Manuscrito de **La piedra** era **Cristo**; me lo había traído para que yo lo leyera". Se explayó hablando sobre MOS, quien una vez le pidió fuese jurado de un concurso literario. Tal designación le provocó al padre Barnola muchos sinsabores: le afectó mucho que más de algún concursante le llevase un regalito... Yo le dejé el manuscrito de mi última novela, advirtiéndole: somos gente grande, si a usted algo le choca o le molesta, no la lea, no prosiga. Rió con su risa de muchacho: "Virginia, no creo que encuentre cosas que no haya oído en confesión".

Se lamentó del frío, de sus problemas circulatorios, de los malhadados años que le impedían hacer más cosas, obligándolo a estar recluso, pero sin perder jamás ese tono como un poquito burlón para sí mismo.

Cuál no sería mi consternación cuando a los pocos días me llaman del convento y me dicen que vaya a retirar mi manuscrito: el padre Barnola pidió que me lo entregaran personalmente; está en la unidad intensiva de la Clínica Metropolitana. Voy a buscar el cartapacio y una dama no quiere recibirme la tarjetita de saludo: "Hija, no creo que pueda leerla. Sólo Dios lo salva"...

Yo no quería ni abrir ese borrador. Pero al final me decidí y con qué alegría descubrí un papelito que mostré a Velia Bosch: una lista de palabras que el padre Barnola había ido anotando a medida que leía; al lado izquierdo el número de

la página. Confronté con el manuscrito y cada una de esas palabras estaba envuelta en un delicado circulito hecho con lápiz. Una de esas palabras es "chomba", nombre quechua para una prenda innominada en castellano (jersey, sweater)... Querido padre Barnola, yo, tan torpe para los trabajos manuales, con qué gusto habría tejido una chomba para usted, una chomba de tibia lana... Al despedirnos, usted me dijo que me iba a dar lo mejor que de sí mismo tenía: su bendición. Y con sus dedos finos hizo la señal de la cruz en mi frente.

Ahora estoy aquí, mirando esa hojita, esas anotaciones que inscribió en mis papeles, recordando nuestra común admiración por Gabriela Mistral, ojeando su "**Haber lengua**", releendo el ver-

so que usted repitió en voz alta y que parece como escrito especialmente para usted:

Gabriela Mistral. Ojeo, Padre Barnola, en su discurso "**Haber lengua**" y creo escuchar con su voz cálida el verso que bien hubiera podido la maestra dedicarle:

"**Hombres que trabajáis con el verso y la prosa cual trabaja el silencio en la profunda rosa y mis mineros en el cobre aprisionado, tengo una gracia para estar**

a vuestro lado: He enseñado a leer a gente americana, amasando verdad en la lengua castellana. Dije mi Garcilaso y mi Santa Teresa, sacando de Castilla la norma de belleza".



EL NUEVO INCE PARA LA NUEVA VENEZUELA

El Instituto Nacional de Cooperación Educativa INCE, capacita profesionalmente, para que los venezolanos adquieran las destrezas de un oficio y puedan trabajar independientemente.

De esta manera el INCE contribuye en forma directa a solucionar el problema del desempleo y a preparar el personal técnico, que requiere la nueva realidad nacional.

"PRODUCTIVIDAD:

META DE LA FORMACION PROFESIONAL INCE"